

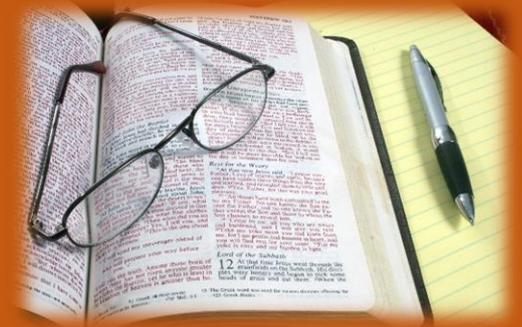


Hermenéutica I

Principios de interpretación

Tercera unidad

Lección 6



Ministerios Didaskalia
Derechos reservados
2020

Lección 6

Sintaxis

La sintaxis trata del modo como los pensamientos se expresan mediante formas gramaticales. Cada idioma tiene su propia estructura, y uno de los problemas que hacen difícil aprender otro idioma es que el estudiante debe dominar no sólo las definiciones y pronunciación de la palabra del nuevo idioma, sino también las nuevas formas de arreglar y mostrar la relación de una palabra con otra.

El español es hasta cierto punto un idioma analítico: el orden de las palabras puede ser una guía para el significado. Por ejemplo, los sustantivos normalmente preceden a los verbos. Decimos "el árbol es verde". Sin embargo, por cuestiones de estilo se puede alterar ese orden sin perder el sentido. Se pudiera decir "verde es el árbol", logrando así un énfasis especial.

El hebreo también es un idioma analítico, pero menos que el español. El griego en cambio es un lenguaje sintético: el significado se entiende sólo parcialmente por el orden de las palabras y mucho más por las desinencias, es decir, terminación de las palabras o por las desinencias de los casos.

Varios instrumentos son útiles para descubrir la información de sintaxis que pueda contribuir a la comprensión del significado de un pasaje.

Biblias interlineales. Estas Biblias contienen el texto hebreo o griego con la traducción al español impresa entre renglones o líneas (de allí el nombre *interlineal*). Mediante la

yuxtaposición de los dos conjuntos de palabras, ayudan a identificar con facilidad las palabras griegas o hebreas que se desean estudiar. (Los que tienen un mejor conocimiento del hebreo o el griego pueden ir directamente a esos textos en vez de recurrir a los interlineales.)

Léxicos analíticos. Muchas veces la palabra que encontramos en el texto es una variación del infinitivo de la palabra. Por ejemplo, en español podemos encontrar varias formas del verbo *decir*:

digo
 diríamos
 dijeron
 dijéramos

Los sustantivos, de igual modo, pueden tomar formas diferentes y jugar papeles distintos dentro de la oración.

Un léxico analítico hace dos cosas fundamentales: (1) identifica la raíz de la palabra de la cual la palabra en el texto es una variación, e (2) identifica qué parte del discurso es una variación. Por ejemplo, si la palabra que se desea estudiar es la palabra griega *thumon*, consultando un léxico griego analítico verificaremos que ese es el acusativo singular de la palabra *thumos*, que significa "rabia" o "ira".

Gramáticas hebrea y griega. Si se desconoce el sentido del término "acusativo singular" que describe la forma de una palabra, será de valor tener un *tercer* conjunto de auxiliares gramaticales. Las gramáticas hebreas y griegas explican las diversas formas que las palabras pueden tomar en sus respectivos idiomas, y el significado de las palabras cuando aparecen en una de esas formas. La mayoría de los cursos

de exégesis que ofrecen los seminarios describen con mayor detalle los procesos anteriores.

Es importante conocer cómo desarrollar con éxito los procedimientos anteriores si hay necesidad de realizarlos. Sin embargo, mucho de ese trabajo ya se ha hecho y compilado. Por ejemplo, los comentarios exegéticos tales como *Imágenes de palabras en el Nuevo Testamento* de A. T. Robertson hacen el análisis léxico-sintáctico de casi cada palabra o frase importante del Nuevo Testamento. Los comentarios expositivos tratan de hacer el análisis léxico-sintáctico y el análisis histórico-cultural/contextual.

Reafirmando lo dicho

Ponga los resultados de su propio análisis léxico-sintáctico en palabras no técnicas, fáciles de entender que comuniquen con claridad el significado que el autor tenía en mente. Siempre hay el peligro de preocuparse tanto en los detalles técnicos del análisis léxico-sintáctico (por ejemplo, los nombres técnicos o los nombres de los casos gramaticales de Bullinger), que perdamos de vista *el propósito del análisis*, es decir, comunicar el sentido del autor lo más claramente posible.

Hay también la tentación de impresionar a los demás con la erudición y profundidad de nuestro talento exegético. Hay que alimentar a las personas, no impresionarlas. Debe hacerse el estudio técnico como parte de cualquier exégesis, pero es necesario que sea parte de la *preparación* para la exposición.

La mayor parte de ella no necesita aparecer en el producto (salvo en el caso de documentos teológicos o académicos). A menudo el éxito de los laboriosos análisis técnicos es hacer dormir al auditorio. Una buena exposición es fácilmente reconocible, no por sus abundantes análisis técnicos, sino por su "sabor verdadero" – el auditorio percibe que ella armoniza de modo natural con su contexto – y representa una exposición de las ideas del propio autor y no las del intérprete.

ANÁLISIS LINGÜÍSTICO DEL TEXTO

Una vez tenemos ante nosotros el texto bíblico en la forma más depurada posible, hemos de penetrar en él con objeto de descubrir su significado. ¿Cómo? En primer lugar, mediante el estudio de sus elementos lingüísticos.

La ciencia del lenguaje ha avanzado notablemente en los últimos tiempos y sus teorías son presentadas como esenciales no sólo en toda labor de interpretación literaria, sino incluso en el desarrollo de la filosofía moderna. Particular relieve ha adquirido el análisis estructural, cuyas perspectivas pueden ser valiosas al exegeta bíblico.

Sin embargo, la aplicación del estructuralismo a la exégesis apenas está en sus comienzos y se ve dificultada tanto por las discrepancias existentes entre los especialistas como por el hermetismo que caracteriza su terminología.

Por otro lado, los presupuestos filosóficos que inspiran el estructuralismo y algunos de sus principios básicos, como el que determina el paso de estudio de los fenómenos lingüísticos conscientes a su infraestructura inconsciente,

inevitablemente conducen a separar el supuesto contenido del texto del de su autor. Consecuentemente, los conceptos bíblicos de revelación e inspiración se esfuman totalmente, lo cual para nosotros es inadmisibile.

Por nuestra parte nos limitaremos a áreas más elementales, pero insustituibles. El orden que seguimos es más bien convencional. En la práctica, cada una de las partes del análisis se combina con las restantes desde el primer momento. Lo contrario, además de dificultar el trabajo, probablemente producirá resultados erróneos.

ESTUDIO DE LAS PALABRAS

Ya aquí hemos de recalcar lo que acabamos de decir. Sería una equivocación empezar el análisis de un texto estudiando por separado cada uno de sus vocablos. El valor y el significado de una palabra no dependen de la palabra en sí, sino de su relación con las restantes palabras del contexto. Por tal motivo, es aconsejable iniciar el análisis lingüístico con una lectura del contexto en un sentido amplio.

En algunos casos el contexto puede ser la totalidad del libro en que se encuentra el pasaje. A menos que se tenga una idea clara del origen y desarrollo del pensamiento que preside el texto, es fácil perderse entre los detalles semánticos de las palabras sueltas. Sólo cuando el intérprete ha captado lo sustancial de la línea de pensamiento que atraviesa las palabras, frases, párrafos o secciones está en condiciones de analizar éstos.

Paul Ricoeur tiene razón cuando asevera que «un texto no es, en efecto, una simple secuencia de frases, y el sentido del texto no es la suma del sentido de cada una de sus partes. Un texto es un todo relacionado de forma específica con sus partes; hay que elaborar la jerarquía de sus elementos: elementos principales y elementos subordinados; elemento esencial y elemento no-esencial».

En cuanto a la amplitud de la sección contextual, el discernimiento del intérprete será decisivo. Pero a este punto volveremos más adelante.

Una vez se conoce, aunque sólo sea de modo preliminar, el contexto con el meollo del pensamiento que expresa, se deben seleccionar las palabras del texto que se consideran más significativas. Según W. C. Káiser, una palabra es significativa cuando responde a algunos de los siguientes criterios: a) desempeña un papel clave en el pasaje que se interpreta; b) ha aparecido frecuentemente en contextos anteriores; c) es importante en el curso de la historia de la salvación anterior al texto.

Cada una de las palabras seleccionadas debe ser examinada con objeto de determinar su significado. Éste, inicialmente, debe buscarse en un buen diccionario del hebreo o griego bíblicos y ampliar este trabajo cotejando la diversidad de usos de cada término en diferentes contextos mediante una concordancia.

En algunos casos puede ser útil ahondar en las raíces etimológicas del término o contemplar la evolución

diacrónica de su sentido a lo largo de sucesivos periodos históricos. A este respecto son sumamente útiles obras como el Diccionario Teológico del Nuevo Testamento, de Kittel (sólo en alemán e inglés) o el más reciente Dictionary of New Testament Theology, de Collin Brown.

Pero son muchas las palabras en todas las lenguas cuyo significado difiere ostensiblemente del que tuvieron originalmente. «Mártir», por ejemplo, significa etimológicamente «testigo»; pero hoy, en mártir es la persona que padece muerte por amor de Jesucristo y en defensa de su fe; por extensión, la persona que muere o padece mucho en defensa de otros o de sus convicciones o afectos.

El hebreo del Antiguo Testamento y el griego del Nuevo no son ajenos a esta evolución semántica, lo que debe tenerse en cuenta. Ello nos obliga a tomar en consideración el denominado usus loquendi, es decir, el significado que normalmente tenía una palabra en el lenguaje común en una época dada. B. Ramm alude al concepto de oikos (casa) u oikia (familia) en días apostólicos, algo distinto del de nuestros días.

Ese concepto tiene importancia en el momento de decidir sobre el significado del «bautismo de familias» en el Nuevo Testamento. Uno de los argumentos a favor del bautismo infantil es que normalmente una familia incluye niños de corta edad, por lo que el bautismo de toda la familia implicaría el de los niños. En opinión de Ramm, esta deducción puede ser inapropiada, ya que en algunos casos

oikos u oikia incluía animales, y no es de suponer que también éstos participaran del bautismo.

En la determinación del sentido de las palabras en un momento histórico determinado pueden ser de gran provecho los mencionados diccionarios de Kittel y Brown. Conviene, no obstante, no olvidar que cada autor tiene su propio estilo, por no decir su lenguaje peculiar, y que a veces usa palabras con un sentido especial.

Si tomamos el término «carne» (hebreo basar; griego sarx), según el usus loquendi, denotaba: a) carne animal usada como alimento para el hombre; b) la carne del cuerpo humano, como distinta de la sangre o de los huesos; c) el cuerpo humano en su totalidad; el conjunto de la humanidad cuando se habla de «toda carne»; d) el elemento transitorio, perecedero, del ser humano. Pero cuando examinamos el uso que Pablo hace de sarx, observamos que en la mayoría de los casos usa el término con una nueva connotación.

La «carne» adquiere un sentido eminentemente moral; es la naturaleza del hombre caído, divorciado de Dios, el asiento del pecado, la raíz y el origen de todas las obras malas (Gálatas 5:19, 20) del ser humano. Para Pablo, la carne no es una parte del hombre, sino el hombre mismo antes de su regeneración en Cristo. Podríamos decir, pues, que además del usus loquendi general, es necesario considerar –si lo hay– el usus loquendi particular de cada autor.

Por otro lado, debe tenerse en cuenta la variedad de significados (polisemia) que una palabra puede tener en una

misma época e incluso en los escritos de un mismo autor. El término «mundo» (kosmos) en Juan 3:16 no expresa la misma idea que en 1 Juan 2:15.

En el primer pasaje se refiere a la humanidad perdida; en el segundo, a la esfera físico-moral corrompida por el pecado en que a humanidad vive. En un mismo texto una palabra puede tener sentidos diversos, como sucede con «ley» (pomos) en el capítulo 7 de Romanos.

La «ley» de Dios (v. 22) equivale a las prescripciones morales de su Palabra; la «ley en mis miembros» (v. 23) se refiere a los impulsos dominantes de la naturaleza pecaminosa, que tienen asiento y manifestación en los miembros corporales, mientras que la «ley del pecado» (v. 23) expresa la tiranía de la naturaleza misma, madre de los impulsos.

El sentido que debe darse a un vocablo cuando éste tiene varias acepciones se determina aplicando los siguientes principios:

1. El significado dado por el propio autor a sus palabras es indiscutible. Hallamos un ejemplo en Hebreos 5:14, donde el escritor sagrado define teleion («perfectos») como «los que por el uso tienen los sentidos ejercitados con el discernimiento entre el bien y el mal», es decir, «los que han alcanzado madurez», como bien se traduce en la versión Reina Valera.

2. El sentido de muchos términos es determinado a menudo por otras palabras, expresiones o frases que se unen a las primeras como complementos o elementos apositivos. Así,

cuando Pablo se refiere al estado de muerte en que se habían encontrado los efesios, aclara la naturaleza de tal estado añadiendo a «muertos» «en vuestros delitos y pecados» (Efesios 2:1).

Este principio es de aplicación no sólo a palabras, sino también a frases enteras. Cuando en Juan. 7:38 se dice de quien cree en Cristo que «de su interior correrán ríos de agua viva», inmediatamente se señala el sentido figurado de la frase: «Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en El» (v. 39). De este modo un texto que podía haber resultado enigmático se nos presenta con absoluta claridad.

3. En algunos casos, el sentido de las palabras se descubre por vía de contraste o de oposición. Cuando en 2 Cor. 5:2 escribe Pablo acerca de «nuestra habitación celestial», ¿hemos de entender, como han hecho algunos —pensando en los pasajes paralelos de Juan. 14:2, Lucas. 16:9; Hebreos 11: 10 y Ap. 21:10—, que se refiere al cielo mismo? No es aconsejable recurrir a paralelos que pudieran desfigurar el sentido de una palabra o de una frase cuando el contexto inmediato nos ofrece luz adecuada para la interpretación.

En el pasaje que estamos considerando la luz surge del contraste al compararlo con el versículo anterior, en el que la «morada terrestre, este tabernáculo» se refiere sin lugar a dudas al cuerpo físico del creyente. Una vez «deshecho» este tabernáculo, el redimido queda «desnudo» (v. 3), despojado

de la tela de su tienda. La «habitación celestial», por antítesis lógica, no puede ser otra cosa que el nuevo cuerpo de la resurrección que los creyentes en Cristo recibiremos un día. Tal interpretación, nacida de un ajustado contraste, tiene un paralelo adecuado: 1 Cor. 15:47-54.

4. Determinados pasajes, especialmente los poéticos, son ricos en paralelismo. Una misma idea es expresada doblemente mediante frases análogas o antitéticas, lo que facilita la comprensión de ambas. Véase, por ejemplo Sal. 51:1-12.

5. Los sinónimos deben ser cuidadosamente examinados. A menudo, como sucede en cualquier lengua, algunos pueden intercambiarse sin que se altere el significado; pero hay que recordar la aseveración de los lingüistas de que apenas se pueden encontrar palabras que tengan exactamente el mismo sentido. Cada una tiene su matiz especial. Y el intérprete hará bien en prestar atención a esa diversidad de matices.

Es bien conocido el diálogo de Jesús con Pedro junto al lago de Tiberiades (Juan 21:15-17). En la conversación se usan dos sinónimos que en la versión Reina Valera 1960 se traducen indistintamente por «amar».

En la pregunta de Jesús hallamos el verbo agapaó; en la respuesta de Simón Pedro, fileó. Algunos exegetas opinan que los dos verbos expresan la misma idea y menosprecian cualquier significación especial en la diferencia de términos.

Pero la verdad es que agapaó denota un amor racional y elevado, mientras que fileó expresa un amor más instintivo, más sentimental y apasionado, pero generalmente de menor profundidad y consistencia.

Es más o menos el equivalente de «sentir afecto» o «querer». Por eso en algunas versiones se traduce la respuesta de Pedro (filó se) por «te quiero», en vez de «te amo».

Creemos que tal distinción es atinada, pues la diferencia entre los dos sinónimos refleja, por un lado, el ideal que Jesús pone ante Pedro; por otro, resalta el realismo del apóstol, consciente de sus limitaciones en su vinculación con el Señor.

Hagamos uso de un segundo ejemplo tomando el término «pecado», que en hebreo tiene doce sinónimos. El más importante (jattat, equivalente al griego hamartanó) quiere decir errar el blanco, y se usa en el sentido de error o fracaso; pero los restantes llevan aparejadas otras ideas complementarias: la de torcer, con referencia a la perversión moral; la de vacío o vanidad; la de romper, destrozarse, aplastar, derrumbar, que tan bien ilustra la acción destructiva del pecado; de engaño, la de trabajo afanoso, dolor miseria; la de traspasar unos límites o engañar; la de rebelión; ,a de culpa.

En su conjunto todos estos sinónimos nos dan una idea amplia y profunda, teológicamente riquísima, de la naturaleza del pecado. Pero en el momento de hacer exégesis de un texto, a veces convendrá enfatizar el matiz concreto del

término usado en él, siempre que ello no conduzca a interpretaciones arbitrarias o divergentes de la que impone el contexto.

En el estudio de palabras sinónimas son de inestimable utilidad los diccionarios especiales o las concordancias que los contengan.

6. Cuando el significado de una palabra no puede ser precisado por ninguno de los principios anteriores, debe deducirse considerando cada una de sus acepciones escogiendo la que mejor cuadre con el contexto, la quede mayor coherencia al conjunto de la sección en que el pasaje se encuentra. Sírvanos de ejemplo la palabra pistis.

Según el diccionario griego-inglés del Nuevo Testamento, de Thayer, pistis significa: a) Convicción de la verdad de algo, creencia; en el Nuevo Testamento se refiere a la creencia en Dios y generalmente incluye la idea de confianza. b) Fidelidad, carácter de alguien en quien se puede confiar. Cuando hallamos ese término en Rom. 1:17, Ho-de dikaios ek pisteós zésetai («El justo por la fe vivirá»), ¿cómo debemos interpretar pisteós (genitivo de pistis), tomando la primera acepción o la segunda? ¿Se refiere a la creencia, es decir a la fe —que implica confianza— del justo o a su fidelidad?

Optar por este segundo sentido nos llevaría a una flagrante contradicción con la línea de pensamiento que aparece nítidamente y con gran fuerza a lo largo de toda la epístola.

Nada hay en el hombre que le haga acreedor del favor divino. Sólo la gracia de Dios, sobre la base de la obra de Cristo en la

cruz, puede salvarnos. Y esta salvación se obtiene mediante la fe en Jesucristo, no por una fidelidad meritoria. En cambio, la misma palabra, en otro de la misma carta a los Romanos (3:3), únicamente admite la segunda acepción. *Tên pistin tou theou* no puede referirse a la fe de Dios sino a la fidelidad de Dios.

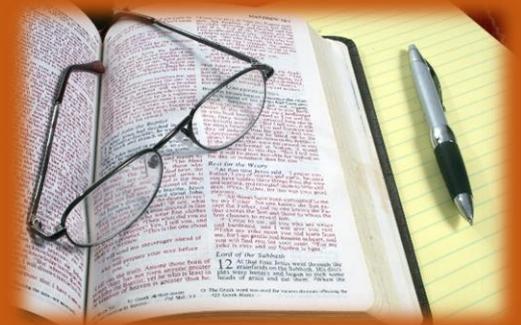
7. El significado de una palabra debe determinarse teniendo en cuenta el marco cultural y de costumbres imperantes en la época del texto. Existe una conexión estrecha entre ese marco y el *usus loquendi*, especialmente en el lenguaje escrito.

Ningún escritor prescinde normalmente de las ideas, opiniones, tradiciones y creencias del mundo en que vive. Aun los conceptos nuevos a aren envueltos en el ropaje literario propio de cada pueblo y de cada época.

Por supuesto, no podemos admitir —como algunos han afirmado— que los libros de la Biblia sean meros productos culturales de diferentes periodos históricos o que gran parte de su contenido sea resultado de la apropiación, por parte de sus autores de conceptos y de mitos ampliamente divulgados. No obstante, podemos aceptar que, con el debido discernimiento, los hagiógrafos usaron en algún caso elementos de la tradición cultura de su tiempo.

Hermenéutica I

Principios de interpretación



Ministerios Didaskalia
Derechos reservados
2020